

Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

Calderón de la Barca decía, y lo decía bien, que la vida es sueño y los sueños, sueños son. Sí, algunas veces lo que creemos que es un sueño, o lo que vemos como algo real no son más que figuraciones que nuestra imaginación fabrica y que corre libre y soberana por el mundo de la magia, pero luego, porque pasó una mosca, porque entró un rayo de luz solar y nos pegó de lleno en el rostro, o porque sonó el reloj de la sala, o sucedió cualquier otro accidente, eso, esos instantes en donde nos toca la realidad, el ensueño vuela, la imaginación se rompe, y aquello que nos parecía un letargo, resulta que era el instante ese en que las hadas, las brujas y los incubos desaparecen en un santiamén, y volvemos a la cruda, tosca vida diaria. Pues así las cosas dichas, resulta que nuestro dilecto autor nos presenta ahora en este TRANCO –delicioso en verdad– una narración que él nos dice que fue cierta, y que además sus asiduos y fieles lecto-



res –para estar de acuerdo con su afirmación– que sabemos que su vida ha sido un sueño, pero un sueño que en él es realidad; por esta circunstancia no dudamos de la veracidad de los hechos aquí expuestos. Va:

Llovía a cántaros –¿por qué será que las aventuras más locas que me han ocurrido, pasan siempre en noches tormentosas, en tardes lluviosas, en días de relámpagos, huracanes, truenos y agua?-, la playa estaba desierta, arriba, los nubarrones parecían no tener principio ni fin, los relámpagos iluminaban de vez en vez lo oscuro de esa tarde, las olas parecían empujadas por un Neptuno violento que desde sus acuosas profundidades lanzaba bocanadas de aire. Yo sentía un placer extraño ante ese concierto infernal de la naturaleza desatada. Por mi cara escurrían los ríos de agua, las gotas me pegaban de lleno, caían de todas direcciones, si el viento soplabá para el oriente, mi oído derecho sufría el embate, si luego el capricho lunar lo hacía volar hacia el sur, otra parte de mi cuerpo era la que recibía el látigo de las gotas impetuosas. Por fortuna la naturaleza no conoce nuestras claves, ni sabe que nosotros bautizamos a la rosa de los vientos y mucho menos sabe que el norte está allá o que el sur se sitúa mirando hacia las colinas. No, la naturaleza se presenta por donde ella quiere y no hace distingos mortales de los puntos cardinales, jamás piensa en esas minucias que los humanos hemos creado para inventar todavía más cosas que nos confunden; inventamos el norte porque ignoramos que el mar está allí, al alcance de nuestra vista –tampoco el mar sabe de nombres ni de rutas ni de climas ni de orientes ni de ponientes enredosos, no, el mar es sólo uno, llámese mar de China o Golfo de esto y de lo otro, las olas son pequeñas, grandes, gigantescas, frías y calientes, templadas y violentas, pero es un mismo y estupendo mar, sus aguas nos bañan, nos empujan, nos deleitan, incluso nos matan-, con el aire sucede lo mismo, hay veces que la modorra lo invade y se duerme

plácidamente en los confines de la tierra, luego despier-ta y lanza un suspiro, el suspiro viaja y como es libre como una liebre, se puede convertir, si lo desea y si se casa o se junta en amasiato pecador con el agua, los dos juntos, digo, pueden convertir su pasión en torrentes de agua, en huracanes, en tifones, en monzones o plácidas ventiscas mañaneras. Pero ellos ignoran que los humanos les hemos puesto nombres a todas sus manifestaciones lúdicas, ellos, los mares y los vientos seguirán cumpliendo su labor ingénita, seguirán jugando el juego eterno de ir y venir, de renovar y de limpiar, de morir y volver a vivir.

No sé explicar bien a bien que era lo que me llamaba, no puedo decir que era una fuerza magnética, no; no lo puedo especificar en términos claros, pero quizá era una especie de llamada diabólica, o angelical, para el caso es lo mismo, pues es lo mismo encontrarse en la soledad cálida de una lluvia con una de cualquiera de las once mil vírgenes, o una sola de las brujas del averno. Una y otra, ante el acoso de un abrazo envolvente, una voz cálida en el oído, una caricia en los muslos, una mirada plena de lujuria, un viaje de la mano por la piel y por el pelo y por los ojos y por los párpados y por los pechos y por el pubis, tienen una consecuencia previsible y grata, basta con decirle que su mirada llega de los astros y nos pone a la distancia de poder sujetar a Venus y a Marte al mismo tiempo, basta con tocar sus muslos y trazar allí toda la geografía de los fondos marinos y señalar en su piel fresca cómo son los peces y los albatros y los pulpos libidinosos, basta con que nuestras manos de hombre se conviertan en millares de plateados peces del sur que recorran su torso suavemente, deliciosamente, pícaramente y tardarse una eternidad en rodear su cintura y permanecer las horas más largas del universo en sus pechos, escuchando el latido de su alma, basta con levantarla en brazos y caminar con ella, y meterse con lentitud pecaminosa a las pozas de agua que las olas construyeron para ese fin erótico, y dar

rienda suelta a los deseos más profundos que uno tiene. Allí, en la quietud del agua, tenderla, quitarle la poca ropa, contemplarla con mirada de gnomo hambriento, verla y poner la cara de marino que acaba de llegar de un largo viaje de siete meses sin ver tierra, sin saber lo que es una mujer, sin haber visto en ese tiempo más que estrellas, nubes, sol, luna, maderos, mástiles y velas, y ella –la diabla o el ángel– se compadecerá de uno, querrá aliviar aquella abstinencia, querrá llenar los vacíos del alma, querrá calmar los ímpetus reprimidos en los meses duros pasados en alta mar, querrá alimentarnos hasta dejarnos colmados, querrá saciar nuestra sed, querrá aplacar nuestra inquietud, y dirá con antifona voz que allí está ella, toda ella, en actitud de espera, en actitud de mujer que siente en su cuerpo el hormigueo del hombre que tiene enfrente, que el hombre, rápido, sin perder más tiempo se recuesta con ella, y tierna, violenta, ásperamente, dulcemente, sin reposo, sin medida, sin pulcritud, sin pudor, haga lo que tenga que hacer en esos menesteres propios de Afrodita.

Y eso, esa aventura cierta que arriba digo, eso precisamente fue lo que a mí me pasó aquella tarde-noche de lluvia intensa. Eso fue lo que ocurrió en aquél tiempo



Sergio A. Beltrán

de calor y de sudor y de sonidos de ramas y de olas y de vientos envolventes. Eso fue lo que me pasó aquél día inolvidable. Tan inolvidable es que no quise anotar ni fecha, ni hora precisa, ni saber el mes que transcurría, no saber nunca el año de esa aventura insólita. Me basta con el recuerdo de ella, allí, desnuda, cubierta sólo con una ligera capa de agua transparente como su mirada. Tengo suficiente con recordar sus piernas que eran tentáculos siniestros y dulces a la vez, tortuosas y sádicas e inclementes. Para mí, para mi memoria, es suficiente con el recuerdo de sus brazos que me apretaron con fuerza de mujer celosa; y sus manos, ah, sus manos de espuma, de suave discurrir, sus manos de exploradora incansable, sus manos de seda, de hoja de planta extraída del fondo del océano, sus manos que eran como dos plumas de Ave Fénix, que eran como dos rayos de luz que no se cansaban de ir de mi pecho a mi frente, de mis ojos a mis rodillas, de mis rodillas a mis brazos, de mis brazos a mi boca, de mi boca a mis piernas, sus manos hicieron de mi cuerpo su campo de batalla, su campo de experimentación salvaje, de campo de paz y de quietud malsana.

Cuando la luna estaba arriba de nosotros, despertamos del aquelarre, abrimos los ojos y nos miramos fijamente, ella sonrió con sonrisa de hembra satisfecha, yo la miré con ojos de hombre que viajó por el universo entero y que se encontró en ese viaje con auroras boreales y con puestas de sol, y con horizontes que se extendían más allá de la vista y que tenían colores del arco iris matutino. Nos incorporamos. Caminamos largo trecho por la playa cálida. No pronunciamos ni una sola palabra. No era necesario decir nada. Para qué hablar, para qué enturbiar el recuerdo. Para qué agregar un sonido más al sonido que producían todavía nuestras pieles. Al llegar al final de la playa, cuando estábamos cerca de unas rocas que cortaban el paso, ella me abrazó por última vez y me dio un beso que me supo a suave savia de verano, que me dejó en la boca una frescura de luna llena. Y luego se alejó, volando, por entre las rocas, por el camino que conduce al fondo de la noche.